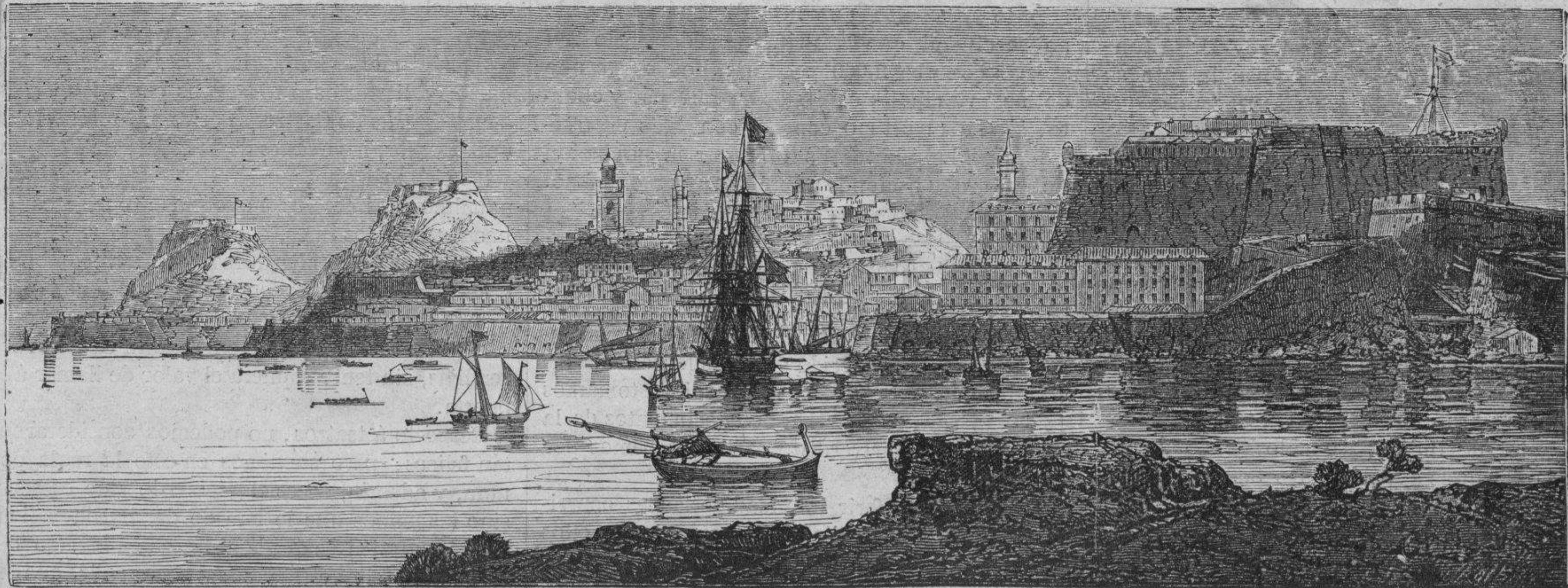


# El Periódico ilustrado.



ISLAS JÓNICAS.

Número 2.<sup>o</sup>  
DEL 16 AL 23 DE MARZO DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.<sup>o</sup>  
DESPACHO CENTRAL. . . . . CUATRO CALLES.

**CONTENIDO.**—TESTO: *Madrid*, por J. Belza.—*Revista de la semana*, por M. del Palacio.—*Crónica judicial*, por T. Rodríguez y Muñoz.—*Fábulas amables*, por N. Serra.—*Teatros*, por E. de Inza.—*Los Ouled-sidi-cheikh*.—*Camino de la Siberia*.—*Islas Jónicas*.—*Los misterios de Udolfo*, novela, por Ana Radcliffe.  
MINAS: Islas Jónicas.—Madrid.—Los Ouled.—Camino de la Siberia.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

Precios de suscripción.

Madrid. . . Un año 24 rs.—Medio año 12 rs.  
Provincias. Un año 28 » —Medio año 14 »

4 cuartos  
el  
número.

## MADRID.

Intentar nosotros escribir la historia de Madrid, después de haberlo hecho tan admirable y concienzudamente escritores tan reputados como D. Gerónimo Quintana, Gonzalez Fernandez de Oviedo, Dávila, y posteriormente y en nuestros días D. Manuel Mesonero Romanos y el Sr. D. Pascual Madoz en su *Diccionario geográfico*, sería en nosotros una pretension tan modesta como ridícula.

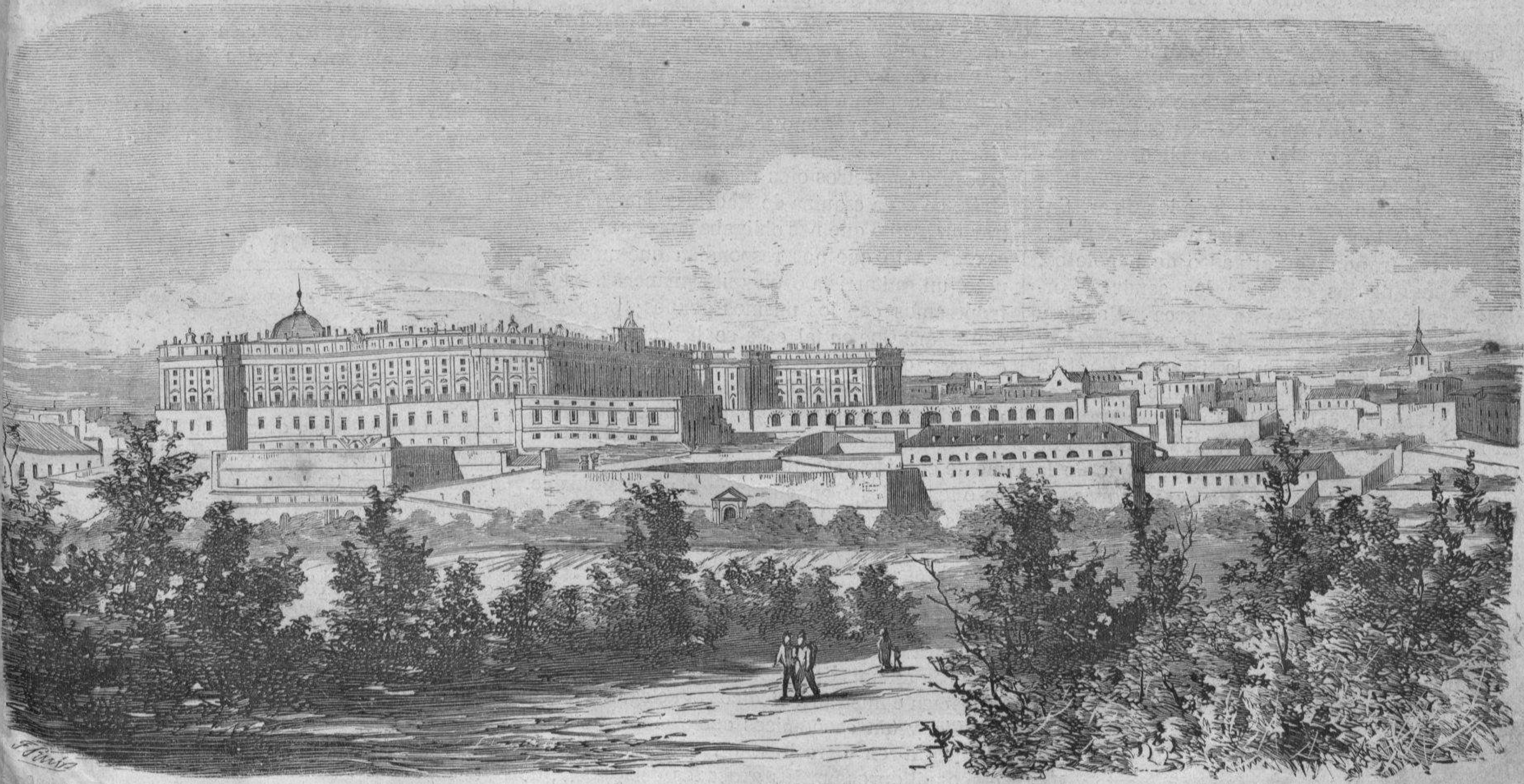
Llevar á cabo este trabajo, aunque fuera esbozándolo de lo que han dicho aquellos célebres historiadores y cronistas, no es tampoco

posible, porque, aun en extracto, habríamos de ocupar muchas páginas, y la índole de nuestra publicación no nos permite más que un limitado espacio. Además, como la historia de Madrid es conocida hasta la saciedad por todas las personas ilustradas, nada nuevo les diríamos, robando en nuestras columnas un sitio preferente, que podemos ocupar con asuntos de mayor interés.

Sin embargo, como quiera que hoy aparece en la primera de nuestras páginas el grabado que representa la vista de la coronada villa, no podemos dispensarnos de dar algunas ligeras noticias, que pueden ser tal vez intere-

santes para aquellos que no conozcan aun el origen é historia de la corte de España.

En marcar la época exacta de su fundacion disienten varios historiadores; unos afirman que su fundacion se remonta á muy pocos años después del diluvio; otros, buscando tradiciones, y desfigurando textos y lápidas, fijan el origen en una época fabulosa, y según ellos, su origen se remonta nada ménos que á los tiempos de *Ocho Bianor*, hijo de Tiber, rey de Toscana, y de la Divina Manta, cuyo nombre quiso dejar consignado en esta villa, apellidándola Mantua; pero lo cierto es que todo esto no son más que conjeturas, y que la ver-



VISTA DE MADRID.



dadera historia de Madrid empieza en la época de Ramiro II, que fué el primero que *asaltó una ciudad, llamada Margerit, rompió sus muros, é hizo muchos estragos en los moros*, segun afirma Sam-piro en su *Manual histórico*.

Mucho despues, en 1083, el rey D. Alfonso VI de Castilla emprendió formalmente su conquista, desalojando á los sarracenos, que hasta entonces la habian ocupado.

Desde entonces la capital de España ha pasado pormil vicisitudes, segun las épocas y los reinados que se han ido sucediendo, y en su recinto han tenido lugar tantos y tantos hechos notables y curiosos, que si hubiéramos de dar cuenta detallada de todos ellos, tendríamos que emplear muchas páginas.

De la época de los Reyes Católicos data la fecha de haber sido Madrid convertido en córte, y tenemos para afirmarlo así el testimonio del historiador de Indias, Gonzalo Fernandez de Oviedo. Algunos años despues de la época en que este autor escribia, encerraba la capital de 25 á 30,000 habitantes, cuando á principios del siglo XVI no pasaba de 3,000 vecinos, y poco más tarde fué preciso ensanchar extraordinariamente su recinto y mudar sus puertas, situando la del Sol en el camino de Alcalá, la de Anton Martin en el de Atocha, la de Santo Domingo en el de Fuencarral, y la de la Latina en el de Toledo.

En el reinado de Fernando VI, ó sea á mediados del siglo pasado, empezó ya á manifestarse el buen gusto por las artes, y de su tiempo son la puerta de Recoletos, que ya no existe, la plaza de Toros y el monasterio de las Salesas. Del tiempo de Carlos III data la fundacion del magnífico Museo del Prado; de la Aduana, hoy Ministerio de Hacienda; de las puertas de Alcalá y San Vicente; de la casa-Correo, hoy ministerio de la Gobernacion; de la imprenta Nacional, del Hospital general, convento de San Francisco, Observatorio, Caballerizas Reales, Platería de Martinez, y otra porcion de edificios que seria prolijo enumerar; se abrió el anchuroso paseo del Prado, con sus hermosas fuentes; se dió más belleza, con obras costosísimas, al Sitio del buen Retiro, se creó el jardin Botánico, las Escuelas Pias y el gabinete de Historia natural.

El real Alcázar es uno de los monumentos de mayor mérito que se conocen, y que los extranjeros no pueden menos de admirar. Nuestra augusta soberana se ha propuesto llevar á cabo la obra verdaderamente colosal de terminar la parte que aun estaba por concluir, terminando sus galerías, y embellecer los paseos y jardines que lo rodean.

En los palacios particulares de los Sres. Salamanca, Calderon (hoy de Campo), Remisa, Arango, Miranda, en el paseo de Recoletos; en las magníficas casas de los señores Cordero, calle Mayor; Santa Marca, Barrio y Casariego, en la de Alcalá; Rivas, Perez y duque de Sotomayor, en la Carrera de San Gerónimo; Sevillano, en la calle de Jacometrezo; Murga, calle de las Infantas; Mathen, en la de Espoz y Mina; Carvajal y marqués de O'Gavan, en la del Turco; Bayo, en la de la Greda; conde de Vegamar y marqués de Camarasa, en la del Barquillo, y otras muchísimas que en este momento no recordamos: se ha desplegado tambien un lujo tan inusitado, que todas ellas, á la par que algunos monumentos, contribuyen asimismo al engrandecimiento y belleza de Madrid.

La traida de las aguas del Lozoya por medio del Canal de Isabel II, obra emprendida en 1851, surte á Madrid de aguas abundantes, que fomentará en lo posible la industria. Las estaciones de los ferro-carriles del Norte y Mediodia, centros de una complicada y estensa

red de líneas férreas aportan ya con profusion y pasmosa celeridad los productos de la industria y del comercio, no solo de las provincias, sino tambien del extranjero. El movimiento y la vida aumenta diariamente, y la pobre ciudad que á principios del siglo XVI apenas contaba 3,000 vecinos, hoy es ya una de las principales capitales de Europa, y cuenta, segun el último censo, con mas de *trescientos mil* habitantes, sin contar la poblacion flotante, que asciende á un numero crecidísimo.

J. BELZA.

## REVISTA DE LA SEMANA.

Calientes todavía las cenizas del Carnaval, y cuando han desaparecido de todos los estómagos hasta los últimos restos de la sardina, tomamos la pluma para reseñar los acontecimientos de la semana; y á decir verdad, casi no sabemos por dónde empezar.

Pudiéramos referir infinidad de lances ocurridos en los últimos bailes de máscaras, entre ellos uno muy célebre en que ha hecho la víctima un notable personaje político; pudiéramos hablar tambien de las agradables diversiones que se nos preparan en los Campos Elíseos, cuyo director, Gaztambide, viaja en la actualidad por Francia y Alemania, expedicion que no será sin duda perdida para el arte; pudiéramos, por último, denunciar más de un escándalo de los que ocurren diariamente, y que son dignos de nuestra censura. Pero al hablar de censura, nos acordamos involuntariamente de que pesa sobre nosotros, y no queremos incurrir en ese pecado, que nos ha costado casi tantos disgustos como el original. En cuanto á denunciar, dejamos esa tarea á los arquitectos, convencidos de que se lo agradecerán algunas casas de la villa.

Parece mentira que el Madrid bullicioso, alegre, de hace algunos años, haya llegado á convertirse en el Madrid tranquilo y sentimental de nuestros dias. Y sin embargo, es cierto. Semejante á esos niños juguetones y traviosos á quienes ponen la peluca de su padre, y que lloran al mirarse al espejo, la córte de Castilla, al verse con la peluca del pasado delante del espejo del porvenir, se ha entristecido, y si no ha derramado lágrimas, es porque tal vez de este modo hubiera bajado el precio del pan.

En vano la aristocracia abre sus salones y ofrece en ellos el espectáculo de brillantes fiestas; en vano el té y el chocolate hacen revivir en los pollos la afición á los encantos del bello sexo; la juventud baila, pero no se divierte; esto es lo que oímos decir á las mismas interesadas, lo cual las presenta á nuestros ojos más interesantes. Años atrás, en cada esquina de Madrid soliamos encontrar un grupo que nos obligaba á preguntar: ¿qué es eso? A lo que nos respondian que un volatín, un guitarrista ó un quita-manchas. Ahora tropezamos con los mismos grupos; pero ¿qué contestan? Que en tal casa se han oido voces de *ladrones*; que en la otra se acaba de cometer un asesinato; que se ha descubierto una fábrica de moneda falsa, y ¿qué sé yo qué más!

Afortunadamente, si este es Madrid, socialmente considerado, tiene otros varios aspectos, bajo los cuales le encontraremos más agradable.

Las artes y las letras, esos dos grandes elementos de vida, se van desarrollando entre nosotros hasta tomar proporciones gigantescas. Dentro de poco, España no tendrá que avergonzarse de ningun país en punto á trabajos artísticos. Ya se pleitea por un cuadro de un pintor español; se publican albums de caricaturas como en Paris; se imprimen é ilustran periódicos tan elegantes como *Gil Blas* y tan económicos como el presente; se encuentra en Barcelona un editor que pague cinco mil duros por los grabados del *Quijote*, de Gustavo Doré, y adorne con ellos una edicion,

rival por su correccion y su lujo de las más notables que brotan de las prensas de Leipsik y Bruselas; y lo que es más todavía, se reciben con aplauso y se leen con avidez libros científicos como el *Ponos* de Meliton Martin; históricos, como los de Castelar y de Olózaga; críticos, como los *Estudios* de Valera, y la *Música celestial* de Costanzo; y literarios ó filosóficos como las *Cartas trascendentales* de Castro y Serrano; lo *Absoluto* de Campoamor, los *Cuentos* de Trueba y de Pedrosa, y los cien más que, por término medio, producen anualmente nuestros novelistas; portentos de imaginacion los unos, como Fernandez y Gonzalez; tiernos y moralizadores los otros, como Escrich; frívolos muchos y desatinados, como los que se dan á conocer á cada paso en las esquinas, y se nos introducen en nuestra casa por las rendijas, sin tener siquiera el valor de llamar á la puerta.

Respecto á teatros, no podemos considerarnos tan felices; pero seguimos en esto la regla común, y además, no es el género lo que escasea, sino las manos que le han de dar buena salida. Veremos quién se queda al fin con el teatro del Príncipe, y si es cierto, como se anuncia, que ha sonado para él la hora de la restauracion.

La primavera de este año prometia ser deliciosa; pero á semejanza de los grandes personajes, le ha dado por viajar de incógnito, y todavía no nos ha enseñado su cédula de vecindad. Algunos han creído reconocerla paseándose entre los almendros del Retiro; pero Guadarrama se ha encargado de desengañarles. A pesar de eso, pronto vendrán las agradables noches del Prado, la animacion de los Círcos ecuestres, los paseos misteriosos á la luz de la luna, la ropa de verano y otras muchas cosas que, no por ser viejas, dejan siempre de producirnos alegría. ¡Ojalá no venga con ellas esa epidemia que hoy hace tantos estragos en Rusia, y que parece amenaza correrse hácia Europa!

Porque si hemos de hablar con franqueza, el presente será todo lo sombrío que Vds. quieran; pero eso mismo embellece con dobles atractivos el porvenir. Confesamos ingénuamente que nos dolería mucho creer que el mundo se acercaba al *consumatum est* de su destino. ¡España sobre todo! ¡Morir un país en que se prepara tan buena cosecha! ¡Morir una juventud con tantas ilusiones, una vejez con tanta esperiencia, una sociedad que casi empezaba á regenerarse! Necesito apoyarme en una duda para no caer en este pensamiento.

Afortunadamente, todas las señales son en contrario; una sola existe que me haga temer por nuestra suerte: que se están haciendo muchas economías en el presupuesto, y esto era tan indispensable, que debe por fuerza acabar mal.

M. DEL PALACIO.

## CRÓNICA JUDICIAL.

El director del PERIÓDICO ILUSTRADO ha tenido á bien confiarme la redacción, y juntamente con ella la responsabilidad de esta parte importante de nuestra publicacion. La tarea de seguro ha de ser enojosa é ingrata de sobra para mí, tanto más, cuando quizás, y sin quizás, no alcanzaré á desempeñarla de una manera agradable para el público; pero yo, que tengo á ley el dicho de *A tout directeur, tout honneur*, cumpliré desde hoy puntualmente el encargo que, por acto de galantería, se me ha hecho, y no por mi especial competencia ni aptitud para el asunto.

Al crear EL PERIÓDICO ILUSTRADO la Crónica judicial, no obedece á un capricho de estéril curiosidad, ni ménos pretende tender un cebo á los apetitos estragados de cierta clase de lectores: nosotros no iremos á caza de anécdotas por plazas y callejas; nosotros no abrimos mercado de robos, muertes y violaciones á gusto del consumidor; nosotros, en fin, no inventaremos críme-



nes. Lo que pretende EL PERIÓDICO ILUSTRADO es satisfacer, por caminos legítimos y honestos, una de las necesidades más apremiantes de nuestra época, propensa como nunca al conocimiento y al estudio serio y concienzudo del drama judicial. Hoy, merced á la publicidad del procedimiento, reforma que anhelamos de todo corazón ver llevada á cabo por entero en nuestra hermosa España, las salas de audiencia de los tribunales son el teatro donde el espectador reflexivo puede acudir á observar el desenvolvimiento y el desenlace de las escenas, ora dramáticas, ora cómicas, de la comedia humana: aquel es el campo en que muchas veces riñen su última batalla los intereses encontrados y las encontradas ideas de la sociedad actual; el honor y el dinero, la literatura y la industria, el espíritu aventurero y errante, ó los gustos y afectos domésticos.

Ser el narrador fiel, sereno y desapasionado de estas contiendas sin arrogarse el derecho de dirimir las, y sin olvidar nunca que quien toca de cerca á las miserias de los hombres, si no las compadece, no es cristiano; si las insulta, es un malvado: tal es, en mi humilde entender, la regla general de conducta á que sin excusa debe ajustarse el cronista judicial, bien haya vestido sobre sus hombros la honrosa toga, bien sea ajeno á la carrera del foro. Yo, por mi parte, no saldré nunca de este círculo que ahora me trazo.

Empezamos nuestra tarea por las causas pendientes, diciendo haber pasado al fiscal del inferior la de la calle de la Puebla, que sigue envuelta en profundo misterio, no obstante haberse asegurado há muy pocos días, «que la mano homicida estaba ya en poder de los tribunales.» Luego hemos sabido que no se ha hecho ninguna prision nueva, y que la única mano punible era la del escritor, bastante abandonado de la de Dios para espresarse de una manera tan alevosa contra la noble lengua de Cervantes.

No puede negarse que el asesinato de la calle de la Puebla es un crimen á todas luces horroroso, que ha producido en los ánimos una sensación muy honda; pero en cierto modo, el recuerdo del conde de Via-Mannel, del sastre Lafuente, de la Bernaola y de Vicenta Sobrino, parece como que nos tiene ya tristemente acostumbrados al espectáculo de colisiones violentas y frecuentes, por desdicha, entre amos y criados. A lo que el corazón del hombre más empedernido en el crimen no podrá acostumbrarse jamás, será á presenciar el acto de una madre desgarrando con sus propias manos el fruto de sus entrañas; porque *madre*, en todos los idiomas del mundo, significa ternura dulcísima, sacrificio sublime, abnegación perenne por el hijo: *madre mala* son dos palabras que no se comprenden juntas; es una irregularidad en el orden de la naturaleza: la *madre, asesino de su hijo*, eso es un hecho fenomenal, monstruoso, absurdo, que toca en lo imposible, rechazado á la par por el corazón y por el entendimiento. Hay, sin embargo, monstruos de esta especie.

Uno de estos últimos días aparecieron en la calle de San Nicolás, envueltos en unos trapajos, los mutilados restos de una criatura. La autoridad procedió con toda reserva, y á resultas de sus pesquisas ha sido presa una criada, como presunta autora del parricidio, y aun añaden que se encuentra convicta y confesa. Se hiela la sangre y se levantan los cabellos solo de oír los detalles que se cuentan del suceso.

Dícese de público que la criada en cuestion, despues de tener oculto por espacio de cuatro días el cuerpo del delito bajo los colchones de su cama, fué luego cortando en pequeños pedazos al hijo de sus entrañas, y arrojándolos á un tejado contiguo: algunos de estos pedazos no han parecido, no obstante el prolijo reconocimiento que se ha verificado en las tarjeas y alcantarillas pertenecientes á las casas donde se sospecha haberse cometido el crimen.

El medio verdaderamente providencial por donde se ha descubierto el delito, ha sido la circunstancia de caer rodando por el tejado á la calle uno de los pedazos del recién nacido á tiempo que lo vieron un vecino y una traperera. A fuerza de reiteradas diligencias se dió con el presunto reo, cuyos amos nada sabian; hay presa tambien otra sirvienta en calidad de encubridora, segun se dice, de tan bárbaro crimen. Se asegura como ciertísimo que al declarar su delito, la delincuente ha presentado el cuchillo de que se sirvió para descuartizar la criaturita.

Tambien parece que en las afueras del Portillo de Embajadores, dos soldados cometieron la semana última brutales violencias contra una niña de trece años, poniéndola de resultas en trance de muerte, y ayudados en tan *heróica* empresa por una mujer de malos antecedentes. Tentado está uno á veces á tomar por verdad lo que decia J. J. Rousseau, de que el hombre es la peor de las fieras conocidas.

Hasta aquí cuanto puede suministraros asunto dentro de España.

En el extranjero dura todavía la huella del proceso Muller, de Lóndres; los doctores de Gotta y de Heidelberg, y los jurisconsultos de Berlin sostienen la tésis de que fué inicuaamente ajusticiado el asesino de Mr. Brigg. Se nos figura que por muchas vueltas que den los alemanes al sombrero de su compatriota, y por mucho que agucen el ingenio en favor de su memoria, el nombre de Muller no ingresará nunca en el catálogo de los Calas, Lesurques y otros que han perecido victimas inocentes de los errores de la justicia humana.

Finalizamos nuestra Crónica con un detalle precioso, que hemos leído en un periódico extranjero.

Comparecia ante el juez un raterillo, acusado como *tomador* de pañuelos y bolsillos.

—¿Cual es tu oficio? le pregunta el juez.

—Señor, responde el chicuelo, trabajo principalmente en porta-monedas.

T. RODRIGUEZ Y MUÑOZ.

### FÁBULAS AMABLES.

Sin cerrar un caballo todavía,  
Se murió de pensar que cerraría.

*Son nuestros caracteres*

*Causa de los disgustos ó placeres.*

A un santo le cayó la lotería,  
Y á Dios le daba gracias noche y día;  
Pero un ladron, que halló la puerta franca,  
Le robó con auxilio de una tranca.

*Dios premia al bueno; pero viene el malo,  
Le quita el premio y le administra un palo.*

N. SERRA.

### TEATROS.

Tenia cierto sugeto un frac, que á fuerza de haber hecho numerosas campañas, comenzaba ya á decaer de un modo tan visible, que el propietario de la prenda dió en pensar que era de urgente necesidad atender á remediar aquel grave mal. A cuentas consigo mismo, y á cuentas sobre todo con sus escasos fondos, el asendereado petimetre juzgó que el frac quedaria aceptable sustituyendo á las que tenia, raidas y lustrosas, otras mangas anchitas y de moda. Buscó el paño, encargó la obra, y á los pocos días sufrió el frac la meditada metamorfosis. Ya tenia las mangas nuevas: ya mi amigo estaba contento y orgulloso de su idea; miraba y remiraba la elegante prenda; pero fué el caso que aquel brillantemente le hizo reparar en que la espalda, nueva al lado de las mangas anteriores, estaba algun tanto deslucida comparada con las flamantes que el sastre le habia unido, y resolvió sustituirla con otra del propio paño que las mangas. Lo hizo así; cambió la es-

palda en efecto, y lo que no habia calculado sucedió, y fué que los faldones ofrecian, con la nueva reforma, un nuevo motivo de cuidado, pues la mocedad del resto del paño les hacian revelar su fecha más de lo admisible. Resolvióse á cambiarlos, y entonces vió que los botones, único resto del primitivo frac, eran viejos y saltaban de la nueva prenda como el granizo sobre albarda. Comprólos nuevos y de moda despues de serias reflexiones, y por fin se puso el frac.

El Teatro español es el frac de nuestro amigo: sin saber por qué, al tomar la pluma para decir algo de aquel, se nos ha venido á la mente la historia de las vicisitudes de este, y aun cuando solo fuera por ese lógico encadenamiento de coincidencias, al cual se llama asociacion de ideas, necesario es convenir en que ambas cosas se parecen bastante.

Y para que no se abrigue duda, lo probaremos. No es del todo preciso; pero algo habrá que hacer, sin embargo, para que ni por un instante se crea que hablamos, como suele decirse, de memoria.

Muchas y serias reformas ha sufrido en España el teatro desde que, juzgándole demasiado para que solo sirviera de recreo á los ocios de un monarca, se creyó que seria motivo de útil enseñanza para el pueblo, cuyas costumbres habia de modificar por medio del ejemplo.

No es este el momento oportuno para que nos ocupemos en detallar cuáles han sido las causas que han dado origen al mal, cuyas consecuencias hoy se deploran.

El mal está hecho, y lo que se necesita ya, no es la queja, es el remedio.

Así lo ha comprendido el ayuntamiento sin duda, y aquí entra el frac de mi amigo, al decidir nada ménos que en pleno, la conducta que aquella corporacion haya de observar en la cuestion del arriendo del teatro del Principe para la próxima temporada.

No diré yo si el móvil que á nuestra municipalidad guía en el asunto es este ó aquel: si su objeto al ceder gratis aquella finca á la mejor compañía que á su juicio se presente en la arena para optar á la posesion del mencionado teatro es el de favorecer á determinados actores; si su plan es cerrar las puertas *ipso facto* á esos hinchados reyezuelos lilliputienses del arte, que á fuerza de soberbia y de ignorancia asaltan los tronos, al pié de cuyas gradas se arrastraron un día. Todo esto puede ser muy bien que haya influido más ó ménos directamente en el propósito que el ayuntamiento ha formado al intentar la nueva, aunque parcialísima reforma, que amenaza al teatro; pero aun siendo así, no es ménos cierto que el mal no se remedia, ni aun se alivia, con semejante procedimiento.

Arregladas que sean todas las diferencias que hoy pueden surgir de los distintos acuerdos que para el fin indicado se propongan por los dignos individuos que forman la Junta encargada de dar solucion al asunto; adoptado, como es lógico, el mejor expediente para salir del paso; resuelto y decretado, en fin, lo que más convenga, es el caso que á lo sumo, y con esto vuelvo á mi asunto, habremos puesto mangas nuevas al frac.

Ya sé que se me dirá: ¿y qué quiere Vd. que haga el ayuntamiento? ¿Quiere Vd. quizás que sin estar el negocio dentro de sus atribuciones, arregle el Teatro español, garantice el porvenir de actores y autores, y lleve á cabo la reforma que reclama el estado actual del arte dramático? Nada de eso; nada de eso; entendámonos: no quiero señores míos, que haga tanto el ayuntamiento; pero es la verdad que no me gusta que haya hecho tan poco.

Repito que los individuos que constituyen la Junta son dignísimos todos y por todos los conceptos posibles; pero es el caso que se puede ser





Le bach-agma Si-Bou-Ber, muerto el 8 de abril de 1864.

Abdallah-ben-Hamza.

Seti Inzza.

Esclavas.

Molana

Koutchou' -Hamen, primera mujer de Si-Bon-Bekr.

Otras esclavas

Mabrouk, farach de Si-Bou-Bekr.

TIENDA DE BACH-AGHA, DE LOS OULED-SIDI-CHEIKHO DE LOS GRANDES JEFES DE SAHARA. —(Véase la pág. 14.)



un gran patricio, celoso é incansable repúblico, y hasta ilustre prócer, y no obstante, ¡caso infeliz! incompetente en absoluto para tratar y discernir sobre cuestiones teatrales.

Cierto es, ciertísimo, que para resolver lo más conveniente respecto á una casa, nadie está más autorizado que el dueño; pero no es ménos evidente también que las atribuciones de éste tienen un límite, y que traspasarlo es.... á qué can-sarnos, es *traspasar los límites*.

Ahora bien; esto es lo que á mi juicio hace el ayuntamiento en la cuestion del arriendo del teatro del Príncipe. Discutido y resuelto todo lo que se refiera á las materiales condiciones de aquel, la municipalidad, es decir, el casero ya no debe inmiscuirse en lo demás.

En cuanto á la manera de vivir y á los medios que han de emplearse para mejor cumplir los creados compromisos, juzgo que corresponde arbitrarlos al inquilino. Hacer otra cosa, es salirse de la cuestion.

Por eso es por lo que ni siquiera comprendo que sea necesario calificar el dictámen que respecto á la cuestion del arriendo del teatro del Príncipe prevalece en el ayuntamiento. Opino que el asunto no sigue la senda regular, y esta es la razon de que censure la forma, sin recordar apenas que pueda tener fondo, aun cuando precisamente en él estén abocadas á dar *idem* las más legítimas esperanzas de los verdaderos amantes del arte escénico.

Siempre, y de ello pudiera aglomerar ejemplos, que por cualquiera se trata de introducir reforma alguna en el método que sigue otro en sus condiciones de vida, ó en su modo de sér, como ahora se dice, tengo para mí que lo conducente, lo que prescribe la lógica, y sin tanto, lo que aconseja la prudencia para el mejor acierto y menor responsabilidad en aquellos que sobre sí acepten la que por la variación indicada pueda exigirseles, es ni más ni ménos que apoyarse en los informes, datos y antecedentes que acerca del asunto sobre que va á decidirse nuevo acuerdo, sea preciso tener en cuenta, para obrar con cordura, y sobre todo con conocimiento de causa, que no es mucho por cierto.

Si el ayuntamiento lo hubiere creído así, y la cuestion del teatro del Príncipe les hubiese merecido la misma atención que otro cualquier asunto de los que á su buena administración están encomendados, no hubiera tenido que estudiar procedimientos nuevos; habria fijado, despues del más maduro exámen, las bases materiales del arriendo en la más cordial armonía con sus intereses, si así lo juzgaban oportuno, que no hay por qué estrañar, y habria despues convocado una junta, ya que este es, como decia el inolvidable Figaro, el país más dado á ellas, compuesta de actores y autores, y á ellos les hubiera consultado acerca de las mejores condiciones artísticas que debiera tener la compañía de actores que en el citado teatro hubiese de funcionar durante la próxima temporada cómica.

De este modo, despues de tocar el mejor resultado, habria la corporacion municipal rendido un tributo de justo aprecio á aquellas entidades tan importantes en la cuestion, sin autorizar en la práctica de su derecho novedad alguna, pues todo ello se reducía á continuar en asunto de tanta trascendencia la costumbre admitida al intentar cualquier reforma, y que consiste en el informe prévio de peritos y exámen detenido de ventajas é inconvenientes que de aquella pueden sobrevenir.

Con esta conducta, la corporacion municipal habria prestado un importantísimo servicio al arte, pues si bien es cierto que es axiomática la conveniencia de aplicar constantemente el refran de *Hacienda, tu amo te vea*, ya que en el asunto la suya no quedase desatendida, bueno habria sido

que los interesados en la otra dieran su opinion siquiera, ya que otra cosa no pudiera exigirse.

No se ha hecho así, y por ello presentimos que el éxito no coronará, con laureles al ménos, los laudables aunque estraviados esfuerzos de la Junta municipal.

Lo ocurrido con el frac de nuestro amigo nos viene de nuevo á la memoria, y nos hace comprender que mientras, merced al acuerdo del ayuntamiento, las empresas se apresurarán á reunir dentro de una lista lo más florido y selecto de los artistas españoles, para con tan privilegiado memorial alcanzar el usufructo del teatro del Príncipe, obteniendo á la par el favor del público y las más rebuscadas primicias del genio de nuestros primeros dramáticos, los demás teatros de la córte primero y de España entera despues, agonizarán más tarde, ó se revolverán sin rumbo fijo, con loca agitacion y efímera pujanza, como otras tantas moscas sin cabeza.

El apetito desordenado, la gula de centralizarlo todo nos conduce hasta el deplorable extremo de querer encerrar ¡que es querer! de prescribir se encierren en un solo teatro las notabilidades todas que puedan reunirse á costa de trabajos titánicos.

¿Y los demás teatros? Los demás teatros serán los faldones del consabido frac. Para estos no llegará la reforma nunca hasta tanto que el contraste nos inspire la triste conviccion de su deplorable estado. Entonces ya quizás sea tarde; pero no importa. A fé que si esto es doloroso, en cambio, nadie puede presumir siquiera que sea nuevo.

La reforma del teatro es inminente, precisa, eso es indudable, si ha de hallársele la salud que su crítico estado reclama. El sistema que el ayuntamiento emplea podrá encerrar toda la bondad que en la intencion, al seguirle, ha tenido aquella corporacion; pero es lo cierto que el resultado no será otro que llamar el calor á la cabeza del enfermo que, en último caso, sacará del plan curativo lo que el negro del sermón: *la cabeza caliente y... los piés frios*.

E. DE INZA.

## LOS OULED-SIDI-CHEIKH

Los *Ouled-Sidi-Cheikh* son una tribu establecida en la parte meridional de la Argelia, que pertenece á la nobleza sacerdotal, y cuyos *Maraboust* disfrutaban de una influencia que se estiende hasta Túnez y el imperio de Marruecos.

Las tribus de los *Hamian*, de los *Lar-Outs* y de *Ksal* conceden una especie de supramacia á los *Ouled-Sidi-Cheikh*, que pretenden descender en línea directa del profeta, y cuyo patriarca *Sidi-Cheikh* reposa en *El-Aniob*, encerrado en un mausoleo visitado por numerosos peregrinos.

El viajero, despues de haber abandonado á *Tiharet*, la antigua Zingarana romana, cuyo nombre berberisco quiere decir *estacion*, atraviesa las *Stepas* de *Goor*, salva los arenosos montecillos, y si no vacila en avanzar un poco más en el grande y siniestro Desierto de Sahara, no tardará en llegar á esos *oasis* sembrados de palmeras y datileros, embellecidos por preciosos jardines y por campos cultivados, cuya tierra fecundiza el agua fresca y cristalina de hermosas fuentes y bullidores manantiales.

Allí precisamente se encuentran las tiendas de los *Ouled-Sidi-Cheikh*.

La reunion de algunas de estas tiendas, agrupadas en círculo, constituyen un *aduar*, que administra el jefe de la familia.

Varios *aduares* forman una *Ferka*, gobernada por un *Cheikh*, cuyo título honorífico significa *anciano*.

De muchos *Ferkas* se compone una tribu, que obedece á la autoridad de un *caid*.

De varias tribus se compone un *Aghlik*, cuyo magistrado supremo se llama *agha*.

Finalmente los *aghaliks* se reúnen algunas veces bajo el mando superior de un *agha* ó califa.

Este jefe superior es un gran señor: su *kaik*, ó tienda, es de una rica tela. Túnez y Fez le proveen de preciosas alfombras; su esposa se adorna con las más ricas joyas que puede crear la orfebrería argelina.

El oro resplandece sobre las sillas y arneses de sus briosos corceles, y rodeado de su familia y de sus numerosos servidores el *Bach-agma* vive suntuosamente en medio del desierto; pero hay que advertir que si permanece en su tienda es puramente por gusto, por costumbre, por placer; pues además de su tienda, posee una casa en cada uno de los *ksous*, sitio donde los árabes guardan en depósito sus provisiones y sus tesoros.

## CAMINO DE LA SIBERIA.

Diariamente vemos en los periódicos extranjeros, que gran número de prisioneros polacos emprenden el camino del yermo y árido país con cuyo nombre encabezamos este artículo.

A los condenados á sufrir tan horrible castigo se les arroja en un carro y su escolta se compone de dos cosacos. Parten, y siguiendo por caminos trazados, atraviesan rápidamente los campos y las ciudades; pero al poco tiempo los caminos se borran, las ciudades, las aldeas y hasta las cabañas desaparecen, y el viajero se ve entonces rodeado de una soledad sin fin, comparable únicamente con la que el desgraciado *Mazzepe* recorrió atado sobre los lomos de su indómito corcel. Tan solo de vez en cuando algunos bosquecillos de pinos interrumpen la monotonía de aquellas estensas llanuras sin cultivo ni vegetacion.

El carro sigue, sin embargo, su camino, llevando á sus costados á sus dos impasibles guardianes y el frio y el viento norte forman remolinos de polvo alrededor de tan triste caravana.

El término de la expedicion es *Tobolsk*; la ciudad de los bosques, la Siberia en fin. Una cordillera de montañas que se estienden desde el mar Caspio hasta el Océano, aprisionan en su centro los vientos del Norte, é impiden penetrar á los del Sur; así que, el invierno y la noche son allí permanentes. La nieve no se derrite jamás, y desde el mes de setiembre al mes de junio, las faenas agrícolas quedan casi totalmente suspendidas. El trabajo rudo y subterráneo de las minas es el único recurso de sus habitantes.

¡Y es necesario vivir allí! allí, á quinientas leguas de la patria querida! Sin que ni siquiera una golondrina mensajera lleve un vago recuerdo al infeliz desterrado!

## ISLAS JÓNICAS.

Segun la marcha que nos hemos propuesto, y con el objeto de ser agradables á nuestros lectores, cambiaremos en todos los números el grabado que aparece en la cabeza de estos. Hoy damos la vista de las islas Jónicas, pertenecientes al reino de Grecia. El gobierno inglés renunció al protectorado que ejercía sobre ellas desde 1815: el lord, alto comisario, ha regresado á Londres.

Son unas de esas islas montuosas, estériles, abrasadas por el Sicoro, las borrascas y por los temblores de tierra. Como estacion militar y comercial, están perfectamente situadas. Los estrechos límites de nuestro periódico no nos permiten estendernos más sobre este punto. Así



sucesivamente iremos publicando vistas de las principales poblaciones de Europa.

## LOS MISTERIOS DE UDOLFO.

(Continuacion.)

—¡Ah, señor, con trabajo! Los vientos frios que soplan al través del castillo en el invierno, no me hacen ningun favor; más de una vez he pensado suplicar á S. E. me permitiera dejar las montañas para retirarme al llano, pero no sé lo que es que no me resuelvo á abandonar estas viejas murallas, en donde he vivido tantos años.

—Bueno, dijo Montoni; ¿qué habeis hecho en este castillo desde mi partida?

—Lo mismo que siempre, señor, con corta diferencia. El castillo tiene necesidad de grandes reparos. En la torre del Norte, muchas de sus fortificaciones han venido á tierra, y poco faltó un dia para que no cayesen sobre la cabeza de mi pobre mujer. ¡Dios tenga piedad de su alma! V. E. debe verla...

—Basta. ¿Y las reparaciones? interrumpió Montoni.

—¿Las reparaciones? dijo Carlo; una parte del techo del salon se ha hundido por dentro: todos los vientos de la montaña vecina se sepultaban allí en el último invierno, y silbaban de tal modo en el castillo, que no era posible que uno se calentase. Mi mujer y yo nos atrinchábamos, tiritando, cerca de un enorme fuego, en el rincón de una pequeña sala y con todo eso nos moriamos de frío.

—¿No hay que hacer otros reparos? preguntó Montoni con impaciencia.

—¡Oh, señor! La pared de la muralla ha venido al suelo en tres partes: las escaleras que conducen á la galería por el Poniente hace ya largo tiempo que se hallan en tan mal estado, que es muy peligroso pasar por ellas, y lo mismo el corredor que va al aposento de roble sobre la muralla del Norte. Una noche en el último invierno quise pasar por allí, y S. E...

—Marchad, marchad, dijo con viveza Montoni. Mañana por la mañana hablaremos despacio acerca de eso.

Como el fuego se hallase ya encendido, Carlo barrió la chimenea, trajo algunas sillas, despues de sacudir el polvo de una mesa de mármol que allí estaba, y se retiró, en fin, del aposento. Montoni y su familia se aproximaron al fuego, y la señora hizo varias tentativas para anudar la conversacion; pero las bruscas respuestas de su esposo la obligaron á contentarse. Amelia tambien se esforzó para reunir todas sus fuerzas, y con voz temblorosa dijo:

—¿Puedo preguntaros, señor, qué motivos os han obligado á partir tan pronto?

Despues de una larga pausa, tuvo bastante valor para repetir la pregunta.

—No me conviene responder, dijo Montoni, ni tampoco á vosotras hacerme esas preguntas. Todo lo explicará el tiempo. Por ahora, lo que únicamente deseo es que no me importuneis por más tiempo. Os aconsejo que adopteis una conducta razonable: todas esas ideas de pretendida sensibilidad, si he de calificarlas como merecen, no son otra cosa sino debilidad.

Amelia se levantó para retirarse.

—Buenas noches, señora, dijo á su tia con un aire afectado, y que encubria mal su emocion.

—Buenas noches, querida, contestó la señora de Montoni con un acento de bondad que jamás habia demostrado.

Esta inesperada ternura hizo derramar lágrimas á Amelia, y saludando á su tia, se retiraba.

—Pero vos no sabeis cuál es vuestro cuarto, la dijo.

Llamó entonces Montoni al criado, que esperaba en la antesala, y le ordenó fuese á llamar á la camarista de la señora de Montoni, que no tardó en presentarse y acompañar á Amelia.

—¿Sabe Vd. cuál es mi cuarto? dijo á Anita al atravesar el salon.

—Sí, creo saberlo, señorita. Pero es un aposento singular, y no falta allí espacio para pasearse. Yo me he perdido en él: le llaman la cámara doble, y está situada sobre la muralla del Mediodia; se va á ella por la grande escalera. La cámara de la señora está en la otra estremidad del castillo.

Subió Amelia la escalera, y entró en el corredor. Mientras lo atravesaba, Anita volvió á continuar su charla.

—Este es un lugar muy lobrego y triste, señorita. Yo estoy asustada de vivir aquí. ¡Oh, cuántas veces he deseado volver á Francia! No pensaba ciertamente, cuando entré al servicio de la señora para viajar, que yo seria un dia emparedada en un castillo como este. Para esto yo no hubiera dejado mi país. Por allá, señorita, es necesario dar la vuelta. En verdad que estoy tentada de creer en los gigantes, pues este castillo parece hecho espresamente para ellos; cualquiera noche veremos algun duende que vendrá á este viejo salon, que con sus enormes pilares se parece más á una iglesia que á otra cosa.

—Sí, dijo Amelia sonriéndose y alegrándose de poder librarse con esto de otros pensamientos más serios. Si á media noche viniésemos al corredor, y mirásemos al vestibulo, lo veriamos indudablemente iluminado con más de mil lámparas: todos los duendes bailarían en corro al son de una música deliciosa, porque en estos lugares es donde se reunen siempre para celebrar sus sábados. Temo, Anita, que no tendreis bastante valor para presenciar un espectáculo tan bonito. Cuidado con hablar, pues entonces todo se desvanece instantáneamente.

—Creo firmemente que si yo permaneciera aquí mucho tiempo me volveria duende tambien, dijo Anita.

—Espero que no confiareis estos temores á vuestro señor, replicó Amelia, porque le disgustariais en estremo.

—¿Qué! ¿sabeis ahora todo, señorita? dijo Anita. ¡Oh! no, no, yo sé mejor lo que tengo que hacer, y si el señor puede dormir en paz, todos podemos hacer otro tanto en el castillo.

Amelia fingió no haber entendido esta observacion.

—Por esta travesía, señorita, que es la que conduce á una pequeña escalera. ¡Oh! si veo algo, perderé el conocimiento; esto es cierto.

—No es posible eso, dijo Amelia sonriendo, y dando al mismo tiempo la vuelta de la travesía, que daba á la otra galería. Conoció entonces Anita que habia perdido el camino, y se extravió aun más atravesando otros corredores. Asustada, en fin, de tantas vueltas y de aquella soledad, gritó pidiendo socorro: los criados se hallaban en la estremidad opuesta del castillo, y no podian oirla. Amelia abrió la puerta de un aposento que se hallaba á la izquierda.

—No entre Vd. ahí, señorita, dijo Anita, porque se extraviará Vd. aun más.

—Trae la luz, dijo Amelia, y encontraremos al fin nuestro camino, al través de todos estos salones.

Anita permanecia en la puerta indecisa, y alargaba la luz para poder reconocer el cuarto; pero sus débiles rayos no penetraban siquiera hasta en medio de él.

—¿Por que titubeais? dijo Amelia; dejadme ver á dónde conduce este aposento.

Anita se adelantó con repugnancia; la cámara daba entrada á una larga fila de aposentos antiguos y muy espaciosos. Los unos se hallaban cubiertos de tapicerías, y otros adornados de maderas de cedro y de negro alerzo. Los muebles que se veian allí parecían tan antiguos como las paredes, y conservaban una apariencia de grandeza, aunque carcomidos por el polvo y la vejez.

—¿Qué frío hace aquí, señorita! dijo Anita. Nadie ha habitado estos aposentos hacia ya siglos, segun dicen. Vámonos pronto.

—Tal vez llegaremos á la grande escalera, dijo Amelia andando.

Se hallaban entonces en un salon adornado de cuadros, y tomó la luz para examinar uno que representaba un soldado á caballo en el campo de batalla, el que apoyaba su espada en un hombre caido debajo del alazan, y que parecia demandar perdon. El soldado, con la visera levantada, le miraba con un aire vengativo.

(Se continuará.)

ANNA RADCLIFFE.

## Á NUESTROS COLEGAS.

Damos las más espresivas gracias á la prensa en general por las lisonjeras frases con que han anunciado nuestra aparicion, en la seguridad de que corresponderemos todo lo más dignamente que nos sea posible, atendidos los elementos de que podemos disponer, á la favorable opinion y á las esperanzas que nuestro Semanario ha hecho concebir al público en general.

## AVISO IMPORTANTE.

Las personas que en provincias deseen suscribirse, lo harán directamente á esta Administracion, bien en letra, bien en sellos de Correos, por valor igual al importe de la suscripcion.

Correspondencia del PERIÓDICO ILUSTRADO.

A D. J. M., de Reus.—Recibida su letra, y será servido.

A M. S. de O., de Gándara.—Se han recibido los sellos de franqueo.

A D. A. G., de Valencia.—Quedaré Vd. complacido.

A D. F. A., de Barcelona.—Damos á Vd. gracias por sus lisonjeras frases y se le remite el primer número.

A D. J. A. B., de Barcelona.—Queda admitida su proposicion.

A D. L. de las H., Gerona.—Se le servirá la suscripcion.

A D. P. G., de Valladolid.—Se han recibido los sellos y se servirá la suscripcion.

A D. J. del V., de Valladolid.—Se remitirá desde el primer número.

A D. A. B., de Búrgos.—No es posible lo que usted desea.

A D. S. P., de Villarobledo.—Se servirá la suscripcion.

A Mr. Crenuey, de Bilbao.—Recibida la letra y será satisfecho.

A D. R. C., de Búrgos.—Queda cumplido su encargo.

A D. S. de C., de Sevilla.—Admitida su proposicion.

A D. J. B., de Gerona.—No es fácil por ahora lo que usted desea.

A D. A. R. G., de Alicante.—Se han recibido los sellos.

A D. J. S. P., de Tarragona.—Quedaré Vd. complacido.

Editor responsable, RAMON VICENTE.

MADRID.—1865.

Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, núm. 12, principal.



CAMINO DE LA SIBERIA.

